

ACTO QUINTO

Guerra de los paisanos.—Tumulto y saqueo en un lugar.—MUJERES y ANCIANOS con niños y lios de ropa van huyendo.

ANCIANO.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Escapemos de los perros asesinos!

MUJER.—¡Santo Dios! ¡Qué color de sangre tiene el cielo! ¡El sol se pone rojo de sangre!

MADRE.—Eso es señal de fuego.

MUJER.—¡Mi marido! ¡Mi marido!

ANCIANO.—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Al bosque! (Pasan.)

LINK.

LINK.—Matar á todo el que resista. El lugar es nuestro. Lo que por útil no se ha destruido, que no quede detrás. Saquead bien y pronto. Vamos á incendiar en seguida.

METZLER baja corriendo por la ladera.

METZLER.—¿Cómo va eso, Link?

LINK.—Lo de arriba abajo, como ves: llegas al fin del baile. ¿De dónde?

METZLER.—De Weinsberg. Allí sí que hubo fiesta.

LINK.—¿Cómo?

METZLER.—Los ensartamos á todos juntos que fué un gusto.

LINK.—¿A quiénes?

METZLER.—Dietrich de Weiler rompió el baile. ¡Marracho! Estábamos en plena partida, furiosos, y él, allá desde el campanario de la iglesia, quería tratar con nosotros por buenas. ¡Paff! Un tiro á la cabeza. Subimos como truenos, y allá fué el pillo por la ventana abajo.

LINK.—¡Ah!

METZLER.—(A los paisanos.) ¡Eh, perros! ¿Necesitaré haceros andar? ¿Qué os detiene? ¿Qué dudáis, asnos?

LINK.—¡Prended fuego, y que se asen dentro! ¡Adelante, canallas!

METZLER.—Después sacamos fuera á Helfenstein, á Elterspofen; unos trece de la nobleza: en junto, ochenta, y los llevamos á las llanuras de Heilbronn. Allí fué la algazara y el júbilo de los nuestros al ver la larga fila de pobres ricos, mirándose los unos á otros y al cielo y á la tierra. En un momento los rodearon, y antes que se percatasen, quedaron todos atravesados por las picas.

LINK.—¡Y que no estuviese yo allí!

METZLER.—En todos los días de mi vida he tenido alegría semejante.

LINK.—¡Andando! ¡Fuera!

PAISANO.—Todo está vacío.

LINK.—Entonces, prendedle fuego por los cuatro costados.

METZLER.—Hará una hoguera bonita. ¡Si vieras cómo

aquellos mozos caían de cabeza, unos encima de otros, chillando como ranas! Aquello me reconfortaba como un vaso de aguardiente. Allí estaba un tal Rixinger. ¡Cuando el bribón, en otros tiempos, iba de caza á caballo, con su penacho y sus narices muy infladas, nos echaba delante con los perros y como perros! Hacía tiempo que no le veía, y me chocó su cara de monigote. ¡¡¡Ras!!! Allá va mi pica entre sus costillas. Quedó con los cuatro remos extendidos sobre sus compañeros. Pataleaban todos los bribones amontonados, como liebres en batida.

LINK.—Esto ya humea bien.

METZLER.—Y allá atrás quemán. Vámonos tranquilamente con nuestro botín á reunirnos al grueso de la fuerza.

LINK.—¿Dónde acampa?

METZLER.—Más acá de Heilbronn. Andan tras de un capitán á quien toda la gente obedezca, porque, al fin y al cabo, nosotros somos iguales á ellos; ellos lo saben y no nos respetan.

LINK.—¿En quién ponen la mira?

METZLER.—En Maximiliano Stumpf ó en Goetz de Berlichingen.

LINK.—Bueno sería conseguirlo, y daría viso á la causa el que Goetz la hiciese suya: siempre fué tenido por muy honrado caballero. ¡Hala, hala! Vamos hacia Heilbronn. Llamad á nuestra gente.

METZLER.—El fuego nos alumbrará un buen trecho. ¿Has visto el gran cometa?

LINK.—Sí; ¡es un signo pavoroso, tremendo! Si caminamos esta noche, lo podremos ver bien. Aparece á eso de la una.

METZLER.—Y sólo está á la vista cinco cuartos de hora. Parece un brazo arqueado con una espada tinta en sangre. Su color es amarillo y rojo.

LINK.—¿Has visto las tres estrellas en la punta y la hoja de la espada?

METZLER.—Y la ancha faja nebulosa con miles de rayas como picas, y entre ellas como espadas pequeñas.

LINK.—A mí me da miedo aquello rojo pálido que tiene debajo como llamas de fuego, y en medio caras terribles con cabezas y foscas barbas.

METZLER.—¿Las has visto también? Todo brilla y se confunde, como si flotase en un mar de sangre, agitándose, que es cosa de irsele á uno el sentido.

LINK.—¡Vamos! ¡vamos! (Vanse.)

Campo.—Se ven en lontananza dos lugares y un monasterio ardiendo.

KOHL, WILD, MAXIMILIANO STUMPF. Gente armada.

MAX STUMPF.—No debéis desearme para vuestro jefe: sería en perjuicio vuestro y mío. Soy súbdito del conde de Palatino. ¿Cómo había de llevaros contra mi señor? Siempre sospecharíais que no lo hacía de buena gana.

KOHL.—Ya sabíamos que habías de encontrar disculpas.

CAPILLA

Llegan GOETZ, LERSE y JORGE

GOETZ.—¿Qué me queréis?

KOHL.—Que seáis nuestro jefe.

GOETZ.—¿Y he de faltar á la palabra de caballero que di al Emperador, saliendo de mi reclusión?

WILD.—Eso es una excusa.

GOETZ.—Y aunque me encontrara completamente libre. Si queréis tratar á los nobles y á los señores como hicisteis en Weinsberg y seguir asolando la tierra á sangre y fuego, como en estos contornos, inútil es vuestra pretensión de que yo os ayude en empresa tan vergonzosa y frenética; antes consentiría que me matáseis como á perro rabioso, que ser vuestro jefe.

KOHL.—Si eso no hubiese pasado ya, tal vez no pasaría nunca.

STUMPF.—Precisamente esa ha sido la desgracia; no tener un jefe á quien respetar y que reprimiese la furia. Acepta el mando, Goetz, yo te lo pido. Te lo agradecerán los príncipes y la Alemania entera. Redundará en beneficio de todos: será la salvación de hombres y tierras.

GOETZ.—¿Por qué no lo tomás tú?

STUMPF.—Yo me he desentendido de ellos.

KOHL.—No tenemos tiempo para colgar nuestras sillas de montar y oír discursos inútiles. En resumen, Goetz; sé nuestro jefe, ó mira por ti y por tu castillo. Tienes dos horas de término para pensarlo. ¡Observadle!

GOETZ.—No es necesario. Tan decidido estoy ahora

como después. ¿Para qué os habéis levantado en armas? ¿Para recobrar vuestros derechos y libertades? ¿Y para eso asoláis y destruis el país? Si os abstenéis de malas acciones y obráis como gentes sensatas, que saben lo que quieren, consiento en sostener vuestras pretensiones, y dentro de ocho días seré vuestro capitán.

WILD.—Lo que ha pasado pasó en el primer hervor, y no necesitamos de ti para contenernos en lo sucesivo.

KOHL.—Has de prometernos estar con nosotros por lo menos tres meses.

STUMPF.—Sean cuatro semanas, para que los dos quedéis contentos.

GOETZ.—Por mí, sea.

KOHL.—Vuestra mano.

GOETZ.—Prometedme enviar por escrito á todas las partidas el convenio que habéis hecho conmigo, para que lo cumplan.

WILD.—¡Bueno! Se hará.

GOETZ.—De este modo, unido estoy á vosotros por cuatro semanas.

STUMPF.—¡Bravo! Recomiéndote que no se le haga daño á nuestro señor el conde Palatino.

KOHL.—(Bajo.) ¡Vigíladle! Que nadie hable con él sino en presencia vuestra.

GOETZ.—Lerse, ve á decírselo á mi mujer y quédate á su lado: pronto tendrá noticias más.

GOETZ, STUMPF, JORGE, LERSE y algunos paisanos se van. METZLER y LINK vienen.

METZLER.—¿Qué es lo que oímos de un convenio? ¿Qué convenio es ese?

LINK.—Es vergonzoso hacer un convenio semejante.

KOHL.—Tan bien como vosotros, sabemos nosotros lo que queremos y lo que podemos ó no podemos hacer.

WILD.—Al fin, de un día á otro tendría que cesar la furia del asesinato y del incendio, y así nos ganamos un jefe valeroso.

METZLER.—¿Qué hablas de cesar, traidor? ¿Para qué estamos aquí? Para vengarnos de nuestros enemigos, para ayudarnos de ellos. Eso os lo ha aconsejado el criado de un príncipe.

KOHL.—Vente, Wild; es un bruto. (Vanse.)

METZLER.—¡Idos! Ninguna partida os seguirá. ¡Bribones! Link; vamos á excitar á los otros á quemar Miltenberg, y si hay zambra por causa del convenio, cortaremos las cabezas á todos los convencionales.

LINK.—Siempre estará el mayor número de nuestra parte.

Monte y valle: en el fondo un molino.

Soldados á caballo. WEISLINGEN sale del molino con FRANZ y un MENSAJERO.

WEISLINGEN.—¡Mi caballo! ¿Habéis dicho eso á los otros señores?

MENSAJERO.—Siete banderas, por lo menos, se encontrarán con vos en el bosque, detrás de Miltenberg: los paisanos andan por la parte baja. A todos lados se han enviado mensajeros. La liga entera estará reunida en muy poco tiempo. El éxito es seguro; dícese que hay discordia entre ellos.

WEISLINGEN.—¡Tanto mejor! ¡Franz!

FRANZ.—Monseñor.

WEISLINGEN.—Cumple mi encargo puntualmente: confío en tu conciencia. Entrégale mi carta. Que salga inmediatamente de la corte para mi castillo. Tú mismo has de verla partir y venir á decírmelo.

FRANZ.—Se hará como mandáis.

WEISLINGEN.—¡Dile que debe querer! (Al Mensajero.) Guiadnos por el camino más corto y mejor.

MENSAJERO.—Tenemos que rodear, porque con estas espantosas lluvias, todos los arroyos se han desbordado.

Jaxthausen.

ISABEL. LERSE.

LERSE.—¡Tranquilizaos, noble señora!

ISABEL.—¡Ah, Lerse! ¡Tenía las lágrimas en los ojos cuando se despidió de mí! ¡Esto es horrible! ¡Horrible!

LERSE.—Él volverá.

ISABEL.—No es eso. Cuando salía para ganar honrosa

victoria, no me quedaba pena en el corazón. ¡Entonces su vuelta me regocijaba y ahora me da miedo!

LERSE.—¡Un hombre tan generoso!

ISABEL.—¡No le llames así, porque mi tormento se renueva! ¡Facinerosos! ¡Amenazan con asesinarle é incendiar su castillo! Cuando vuelva, le veré triste y sombrío. Sus enemigos fraguarán contra él acusaciones calumniosas, y él no podrá decir: «¡No!»

LERSE.—Puede decirlo, y lo dirá.

ISABEL.—Ha quebrantado su destierro. ¡No digas que no!

LERSE.—Fué forzado. ¿Dónde está el fundamento para condenarlo?

ISABEL.—La maldad no busca razones, sino pretextos. Él se ha asociado á rebeldes, malhechores y asesinos, y se ha puesto á su cabeza. ¡No digas que no!

LERSE.—¡Dejad de atormentaros y de atormentarme! ¿No le han prometido solemnemente no cometer tropelías como la de Weinsberg? ¿No les he oído yo mismo decir, medio arrepentidos: «Si esto no hubiera pasado, tal vez no pasaría nunca»? ¿No le han de estar agradecidos príncipes y señores de haberse hecho, voluntariamente, jefe de una muchedumbre desenfrenada, para contener su furor y proteger tantas personas y propiedades?

ISABEL.—Eres abogado parcial. Si le cogieran prisionero y le tratasen como rebelde, y su blanca cabeza... Lerse; me volvería loca.

LERSE.—(Aparte.) ¡Envía el sueño á su cuerpo, Padre

querido de los hombres, si no quieres dar á su alma consuelo alguno!

ISABEL.—Jorge ha prometido traer noticias, pero no podrá hacerlo como quiere. Están peor que presos. Sé que los vigilan como á enemigos. ¡Mi buen Jorge! ¡No quiso separarse de su señor!

LERSE.—El corazón se me partía cuando aquí me envió. Si no hubiéseis necesitado mi ayuda, todos los peligros de la muerte más ignominiosa no habrían sido bastantes para separarme de él.

ISABEL.—No sé donde está Sickingen. ¡Si pudiese siquiera enviar una carta á Maria!

LERSE.—Escribidla; yo me encargo de eso. (Vanse.)

En las cercanías de un pueblecillo.

GOETZ. JORGE

GOETZ.—¡Pronto, á caballo Jorge! Veo á Miltenberg ardiendo. ¡Así guardan el convenio! Corre, diles mi resolución. ¡Incendiarlos! Me desligo de ellos. Que busquen un gitano por jefe, y no á mí. ¡Pronto, Jorge! (Jorge parte.) Quisiera estar á mil leguas de aquí, encerrado en el calabozo más profundo que puede haber en Turquía. ¡Si pudiese salir con honor del lado de ellos! Todo el día les estoy contrariando, les digo las verdades más amargas, para que se cansen de mí y me dejen.

Un DESCONOCIDO llega.

DESCONOCIDO.—Dios os guarde, muy noble señor.

GOETZ.—Así haga con vos. ¿Qué traéis? ¿Vuestro nombre?

DESCONOCIDO.—El nombre no hace al caso. Vengo á decir os que vuestra cabeza corre peligro. Los jefes están cansados de oiros siempre palabras tan duras, y han decidido quitaros de en medio. Moderaos, ó tratad de escapar y que Dios os acompañe. (Vase.)

GOETZ.—¡Perder tu vida de esta manera, Goetz, y acabar así! ¡Sea! De este modo mi muerte será el mejor testimonio de que no he tenido nada de común con esos perros.

Algunos PAISANOS.

PRIMER PAISANO.—¡Señor! ¡Señor! ¡Están vencidos, están prisioneros!

GOETZ.—¿Quiénes?

SEGUNDO PAISANO.—Los que han quemado á Miltenberg. Salió, de repente, de detrás del monte una tropa de la liga, y cayó sobre ellos.

GOETZ.—Su merecido les espera.—¡Oh, Jorge! ¡Jorge! Lo han cogido con los malhechores. ¡Mi Jorge! ¡Mi Jorge!

Llegan los jefes de los amotinados.

LINK.—¡Vamos, señor capitán! ¡Vamos! No hay tiempo que perder. El enemigo está cerca, y es poderoso.

GOETZ.—¿Quién incendió á Miltenberg?

METZLER.—Si queréis andar con cumplimientos, se os probará que aquí no se gastan.

KOHL.—Cuidad de vuestro pellejo y de nosotros. ¡Vamos!

GOETZ (á Metzler).—¿Me amenazas tú, miserable? Crees atemorizarme porque llevas manchados tus vestidos con la sangre del conde de Helfenstein?

METZLER.—¡Berlichingen!

GOETZ.—Puedes pronunciar mi nombre; mis hijos no se avergonzarán de él.

METZLER.—Eres un cobarde, criado de príncipes.

GOETZ.—(Le da un golpe en la cabeza que lo derriba: los otros se interponen por medio.)

KOHL.—¡Estáis loco! Acuden enemigos por todas partes ¿y os ponéis á reñir?

LINK.—¡Arriba! ¡Arriba! (Tumulto y combate.)

WEISLINGEN. jinetes.

WEISLINGEN.—¡Seguidles! ¡Seguidles! huyen. Que no os detengan la lluvia ni la noche. He oído que Goetz está entre ellos. Emplead toda diligencia para que no se escape. Está gravemente herido, según dicen los nuestros. (Vanse los jinetes.) ¡Y si te llego á tener, aun será gracia ejecutar tu sentencia de muerte de oculto en tu prisión. Así, desaparecerá de la memoria de los hombres y tú podrás latir con más libertad, insensato corazón. (Vase.)

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Noche en un bosque fragoso: aduar de gitanos.

GITANA MADRE, cerca del fuego.

MADRE.—Arregla el techo de paja sobre la cueva, hija, que tendremos bastante agua esta noche.

MUCHACHO entrando.

MUCHACHO.—Madre, aquí tienes; un turón y dos ratones campestres.

MADRE.—Voy á despellejarlos y á ponértelos á asar: con las pielecitas te haré una gorra. ¿Echas sangre?

MUCHACHO.—El turón me ha mordido.

MADRE.—Tráeme leña seca para que haya buena llama: cuando llegue tu padre, vendrá empapado en agua.

OTRA GITANA con un niño sobre la espalda.

GITANA PRIMERA.—¿Has juntado mucho?

GITANA SEGUNDA.—Muy poco. Todo el país está tan alborotado, que no tiene una segura su propia vida. Dos lugares están ardiendo.

GITANA PRIMERA.—¿Es aquello de allá abajo el resplandor de un incendio? ¡Hace tiempo que se ve! Ya está uno acostumbrado á los signos de fuego en el cielo.

Llega el JEFE DE LOS GITANOS con tres compañeros.

JEFE.—¿Oís al cazador infernal?

GITANO PRIMERO.—Está pasando sobre nuestras cabezas.

JEFE.—Y el aullido de los perros: ¡Guau! ¡guau!

GITANO SEGUNDO.—Y el chasquido del látigo.

TERCER GITANO.—El cazador grita. ¡Hola... lá!

MADRE.—¡Que el diablo se lo lleve!

JEFE.—Hemos pescado en río revuelto. Cuando los mismos campesinos roban, bien se nos puede permitir á nosotros.

GITANA SEGUNDA.—¿Tú que traes, Wolf?

WOLF.—Una liebre y un gallo; un asador, un lío de ropa, tres cucharones y una brida de caballo.

STIKS.—Yo tengo una manta de lana, un par de botas, eslabón y mecha.

MADRE.—Todo está chorreando: trae, vamos á secarlo.

JEFE.—¡Escuchad! Un caballo: anda, mira lo que es.

GOETZ á caballo.

GOETZ.—¡Gracias á Dios! Allí veo fuego: son gitanos. Me estoy desangrando, y los enemigos me persiguen. ¡Dios santo! ¡Qué horrible fin me das!

JEFE.—¿Vienes en son de paz?

GOETZ.—Os pido socorro: mis heridas me extenuan. Ayudadme á bajar del caballo.

JEFE.—Ayudadle: es un noble señor. Se ve por su figura y sus palabras.

WOLF.—(En voz baja.) Es Goetz de Berlichingen.

JEFE.—Bienvenido seáis; todo cuanto tenemos es vuestro.

GOETZ.—Os doy gracias.

JEFE.—Venid á mi tienda.

TOMO II.

Tienda del Jefe.

JEFE y GOETZ.

JEFE.—Llama á la madre, que traiga raíces y ungüentos para las heridas.

GOETZ. (Se quita la armadura.)

JEFE.—Aquí tenéis mi jubón de día de fiesta.

GOETZ.—Dios os recompense. (La madre le cura las heridas.)

JEFE.—En el alma celebro teneros aquí.

GOETZ.—¿Me conocéis?

JEFE.—¿Quién no ha de conoceros? Goetz, por vos daremos nuestra sangre y nuestra vida.

SCHRICKS.

SCHRICKS.—Por el bosque vienen jinetes y son de la liga.

JEFE.—¡Vuestros perseguidores! No llegarán hasta vos. ¡Anda, Schricks, llama á los otros! Conocemos los sitios mejor que ellos; los mataremos antes que sospechen nuestra presencia.

GOETZ.—(Solo). ¡Oh, emperador, emperador! ¡Los bandidos protegen á tus hijos! (Se oye vivo tiroteo). ¡Son bravos y leales estos salvajes.

GITANA entrando.

GITANA.—¡Salvaos! Los enemigos pueden más.

GOETZ.—¿Dónde está mi caballo?

GITANA.—Aquí.

GOETZ.—(Se ciñe la espada y monta sin ponerse la coraza.) Por última vez han de sentir mi brazo. ¡Aun no estoy tan débil! (Vase).

GITANA.—Corre á unirse con los nuestros. (Huye).

WOLF.—¡Fuera! ¡Fuera! Todo está perdido. Nuestro jefe muerto, Goetz prisionero. (Alaridos de las mujeres y huida).

Alcoba de Adelaida.

ADELAIDA con una carta en la mano.

ADELAIDA.—¡Él ó yo! ¡Insolente! ¡Amenazarme! Te tomaremos la delantera. ¿Quién anda de puntillas por la sala? (Llama). ¿Quién es?

FRANZ en voz baja.

FRANZ.—Abrid, señora.

ADELAIDA.—¿Franz? bien merece que le abra. (Lo hace entrar).

FRANZ.—(Le echa los brazos al cuello). ¡Mi señora querida!

ADELAIDA.—¡Imprudente! ¡Si alguien te hubiese oído!

FRANZ.—¡Oh, todos duermen; todos!

ADELAIDA.—¿Qué quieres?

FRANZ.—No puedo sosegar; las amenazas de mi señor; vuestra suerte; ¡mi corazón!

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ADELAIDA.—¿Estaba muy airado cuando te partiste de él?

FRANZ.—Como nunca le vi. «Es menester que vaya á mis dominios»—dijo.—Debe querer ir.

ADELAIDA.—¿Obedeceremos?

FRANZ.—¡No lo sé, señora!

ADELAIDA.—¡Joven insensato é iluso! ¿No ves á donde va á parar todo esto? Aquí, sabe él que estoy en seguridad. Tiempo hace que atenta contra mi libertad. Quiere tenerme en sus tierras, porque allí puede tratarme como su rencor le inspira.

FRANZ.—¡No hará eso!

ADELAIDA.—¿Lo impedirás tú?

FRANZ.—¡No lo hará!

ADELAIDA.—Preveo toda mi desdicha. De su castillo me arrancará á la fuerza, para encerrarme en un convento.

FRANZ.—¡Infierno y muerte!

ADELAIDA.—¿Quieres salvarme?

FRANZ.—¡Ah! Sí, cueste lo que cueste.

ADELAIDA.—(Lo abraza llorando). ¡Franz! para salvarnos...

FRANZ.—¡Caerá y pondré mi pie en su cuello!

ADELAIDA.—¡Nada de violencia! Le llevarás una carta mía llena de humildad, diciéndole que obedezco, y en su bebida verterás el contenido de este frasquito.

FRANZ.—¡Dadme! ¡Seréis libre!

ADELAIDA.—¡Libre! Cuando no tengas que venir temblando sobre las puntas de los pies junto á mí. Cuando

ya no tenga que decirte ansiosa: «Vete Franz, que viene el día.»

Heilbronn delante de la torre.

ISABEL. LERSE.

LERSE.—¡Dios retire de vos la desdicha, señora! María está aquí.

ISABEL.—¡Gracias á Dios! ¡Lerse, estamos sumidos en la más horrible desgracia! ¡Todo ha salido como me lo daba el corazón! ¡Preso por sedicioso, y como malhechor encerrado en calabozo profundo!

LERSE.—Lo sé todo.

ISABEL.—¡Nada, nada sabes! ¡La desdicha es demasiado grande! ¡Su edad, sus heridas, la fiebre lenta, y más que todo eso, su negra pena de verse acabar así!

LERSE.—Y añadid también á esto el que Weislingen sea su juez.

ISABEL.—¿Weislingen?

LERSE.—No cesan las ejecuciones. Metzler fué quemado vivo. A cientos son enrodados, empalados, decapitados y descuartizados. Todo el país circunvecino semeja una carnicería, donde la carne humana se da barata.

ISABEL.—¿Weislingen juez? ¡Oh Dios! Un rayo de esperanza. María irá á verle y no se puede negar. Siempre fué de corazón débil, y cuando vea á la que tanto

le quiso y que tanto sufre por su causa... ¿Dónde está?

LERSE.—En la posada todavía.

ISAREL.—Llévame junto á ella. Es preciso que parta en seguida. ¡Todo lo temo!

Castillo de Weislingen.

WEISLINGEN.

WEISLINGEN.—¡Siéntome tan enfermo, tan débil! Todos mis huesos están huecos. ¡La miserable fiebre me ha consumido los tuétanos! Ni de día ni de noche descanso. Adormézcome con las pesadillas más ponzoñosas. La noche pasada me encontraba á Goetz en el bosque. Sacó su espada y me retó; fuí á empuñar la mía y negóse mi mano. Entonces envainó el acero, miróme con desprecio y se fué por detrás de mí. Está preso y tiemblo ante él. ¡Desventurado! Tu palabra lo condenó á muerte, y te turbas como un malhechor al ver en sueños su figura. ¿Y ha de morir? ¡Goetz! ¡Goetz! Los hombres no nos conducimos á [nosotros mismos. Los malos espíritus ejercitan en nuestra perdición sus infernales astucias. (Se sienta).—¡Débil! ¡Débil!... Que azules tengo las uñas... Sudor frío, frío y aniquilante, paraliza todos mis miembros. Todo gira delante de mí. Si pudiese dormir... ¡Ah!...

Entra MARÍA.

WEISLINGEN.—¡Jesús, María!—¡Déjame, déjame tranquilo! ¡Esta sombra me faltaba! María se muere, se

muere y se me presenta. ¡Déjame, espíritu bienaventurado, que bastante desdichado soy!

MARIA.—Weislingen, no soy un espíritu, soy María.

WEISLINGEN.—Es su voz.

MARIA.—Vengo á implorar de ti la vida de mi hermano: por más culpable que parezca, es inocente.

WEISLINGEN.—Cállate, María. Angel de los cielos eres, y el tormento de los infiernos traes contigo. ¡No sigas hablando!

MARIA.—¿Y ha de morir mi hermano? Weislingen, es horrible tener necesidad de decírtelo: es inocente. ¿He menester lamentarme para apartarte de este odioso asesinato? Hasta lo más recóndito de tu alma te hallas poseído por fuerzas enemigas. ¡Y esto es, Adelberto!

WEISLINGEN.—Ya ves; la muerte me ha echado su aliento destructor. Mis fuerzas van bajando á la fosa. Moríame como un desgraciado, y tú vienes á precipitarme en la desesperación. Si pudiese hablar, convertiría en compasión tu odio extremado. ¡Oh, María! ¡María!

MARIA.—Weislingen, mi hermano está enfermo en la prisión. Sus graves heridas, su edad... ¡Si tú fueses capaz de tolerar que su blanca cabeza!... Weislingen, sería para nosotros la desesperación.

WEISLINGEN.—Basta. (Toca la campanilla).

FRANZ, en extremo comovido, entra.

FRANZ.—¡Monseñor!

WEISLINGEN.—¡Dame aquellos papeles, Franz!

FRANZ.—(Se los trae).

WEISLINGEN.—(Abre un paquete y enseña un papel á Maria). Esta es la sentencia de muerte de tu hermano; está firmada.

MARIA.—¡Dios del cielo!

WEISLINGEN.—¡Y la rompo! ¡Que viva! Pero ¿puedo volver á crear lo que he destruído? No llores de ese modo, Franz. ¡Pobre joven! mi desgracia te llega al alma.

FRANZ.—(Se arroja á sus pies y le abraza las rodillas).

MARIA.—(Aparte). ¡Qué enfermo está! Su mirada me desgarrá el corazón. ¡Cuánto le amé! Ahora, á su lado, es cuando lo conozco.

WEISLINGEN.—Franz, levántate y deja de llorar. Todavía puedo reponerme. Mientras hay vida hay esperanza.

FRANZ.—¡Ah, no! Tenéis que morir.

WEISLINGEN.—¿Tengo que morir?

FRANZ.—(Fuera de si). ¡Veneno! ¡Veneno de vuestra mujer! ¡Yo! ¡Yo!... (Sale corriendo.)

WEISLINGEN.—María, sígueme; está fuera de sí. (Sale María.) ¡Veneno de mi mujer! ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Lo siento! ¡Martirio y muerte!

MARIA.—(Dentro). ¡Socorro! ¡Socorro!

WEISLINGEN.—(Quiere levantarse.) ¡Dios! ¡No puedo!

MARIA.—(Entrando.) ¡Pereció! ¡Arrojóse al Mein, furioso, por la ventana de la sala!

WEISLINGEN.—¡Es feliz! Tu hermano está fuera de peligro. Los otros jueces son amigos suyos, particularmente Seckendorf. Sin demora le concederán la prisión

de caballero, bajo su palabra. ¡Adiós, María! ¡Vete!

MARIA.—¡Pobre abandonado! Quiero quedarme á tu lado.

WEISLINGEN.—¡Bien pobre y bien abandonado! ¡Oh Dios! Estás terriblemente vengador. Mi mujer...

MARIA.—Aparta de ti ese pensamiento. Vuelve tu corazón al Dios de la misericordia.

WEISLINGEN.—Vete, alma querida; déjame entregado á mi miseria. ¡Es horrible! ¡Hasta tu presencia, María, el último consuelo, es un tormento!

MARIA.—(Aparte.) ¡Fortaléceme, Dios mío! ¡Mi alma sucumbe con la suya!

WEISLINGEN.—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¡Veneno de mi mujer! ¡Mi Franz seducido por la malvada! ¡Cómo estará á estas horas, de espera, escuchando si oye venir al mensajero que le traiga la noticia: «ya está muerto!» ¡Y tú, María! ¡María! ¿por qué has venido á despertar todos los dormidos recuerdos de mi crimen? ¡Déjame! ¡Déjame morir!

MARIA.—Permite que me quede; estás solo. Figúrate que soy tu enfermera. Olvida todo. ¡Así Dios lo olvide como lo olvido yo!

WEISLINGEN.—¡Alma llena de amor, ruega por mí; ruega por mí! Mi corazón no late.

MARIA.—¡Dios se apiadará de tí! Estás rendido.

WEISLINGEN.—Me muero, me muero, y no puedo acabar de morir, y en la pavorosa lucha de la vida y de la muerte, están todos los tormentos del infierno.

MARIA.—¡Compadécete! ¡Compadécete de él! Una

sola mirada de tu amor á su corazón para que dé entrada al consuelo, y su espíritu lleve la esperanza, la esperanza de la vida, más allá de la muerte.

Bóveda angosta y obscura.

Los jueces del Tribunal Secreto, todos enmascarados.

ANCIANO.—Jueces del Tribunal Secreto, jurasteis sobre la espada y la soga que seréis íntegros. Que juzgaréis y castigaréis ocultos, como Dios. Si vuestros corazones están puros y vuestras manos están puras, levantad los brazos y pedid que venga sobre los criminales: ¡Maldición! ¡Maldición!

Todos.—¡Maldición! ¡Maldición!

ANCIANO.—¡El Invocador comienza el juicio!

INVOCADOR.—Yo, Invocador, llamo las quejas contra el criminal. El que tenga limpio el corazón; aquel cuyas manos estén puras para jurar sobre la espada y la soga, pidiendo en queja la espada y la soga, ¡que acuse! ¡Que acuse!

ACUSADOR.—(Se adelanta.) Mi corazón está limpio de delito, mis manos de sangre inocente. Perdóneme Dios los malos pensamientos y refrene mi voluntad. Levanto la mano, y ¡acuso! ¡acuso! ¡acuso!

ANCIANO.—¿A quién acusas?

ACUSADOR.—Acuso, sobre la espada y la cuerda, á Adelaida de Weislingen, culpable de violación conyu-

gal y de envenenar á su marido por mano de su paje. El paje se hizo justicia á sí mismo; el marido ha muerto.

ANCIANO.—¿Juras al Dios de la verdad que acusas con verdad?

ACUSADOR.—¡Lo juro!

ANCIANO.—¿Y si se encontrase falsedad, ofreces tu cuello al castigo que merece el asesino y violador?

ACUSADOR.—Lo ofrezco.

ANCIANO.—A los votos. (Los jueces hablan al Anciano en voz baja).

ACUSADOR.—Jueces del Tribunal Secreto, ¿cuál es vuestra sentencia contra Adelaida de Weislingen, acusada del crimen de adulterio y asesinato?

ANCIANO.—¡Que muera! Que muera con muerte amarga y doble. Con la cuerda y con la espada. A crimen doble, expiación doble. Levantad las manos y pedid ¡maldición sobre ella! ¡Maldición! ¡Maldición! Queda entregada en las manos del vengador.

Todos.—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

ANCIANO.—¡Vengador! ¡Vengador! ¡Preséntate!

(El Vengador se adelanta).

ANCIANO.—Coge de aquí la espada y la cuerda, para borrarla de la faz del cielo en el término de ocho días. ¡Donde quiera que la encuentres, húndela en el polvo! Jueces que juzgáis en secreto y castigáis en secreto al igual de Dios, ¡preservad vuestros corazones de la culpa y vuestras manos de sangre inocente!

Patio de una posada.

MARIA. LERSE.

MARIA.—Ya han descansado bastante los caballos. Sigamos el viaje, Lerse.

LERSE.—Reposad hasta mañana: la noche está demasiado mala.

MARIA.—Lerse, no tendré descanso hasta haber visto á mi hermano. ¡Sigamos! El tiempo aclara y podemos esperar un hermoso día.

LERSE.—¡Como ordenéis!

Heilbronn, interior de la torre.

GOETZ. ISABEL.

ISABEL.—Ruégote, esposo querido, que me hables. Tu silencio me aflige. Te estás consumiendo interiormente. Ven; vamos á ver tus heridas: están mucho mejor. No te reconozco en tu desanimación sombría.

GOETZ.—¿Buscabas acaso á Goetz? Se acabó hace tiempo. Poco á poco me han ido mutilando: mi mano, mi libertad, mis bienes y mi buen nombre. ¿Qué les importa mi cabeza? ¿Qué has oído de Jorge? ¿Ha ido Lerse á ver á Jorge?

ISABEL.—Sí, querido; ánimo: muchas cosas pueden cambiar.

GOETZ.—No puede enderezarse el que ha sido abatido por la mano de Dios. Nadie sabe mejor que yo lo que pesa sobre mis hombros. Habitado estoy á soportar la desgracia; pero ahora no es Weislingen solo, ni los paisanos solos, ni la muerte del emperador, ni mis heridas. ¡Es todo eso junto! Mi hora ha llegado. Esperaba que habría sido como mi vida. ¡Hágase su voluntad!

ISABEL.—¿No quieres tomar algún alimento?

GOETZ.—¡Nada, mujer! Mira cómo brilla el sol fuera.

ISABEL.—Hermoso día de primavera.

GOETZ.—Querida, ¿si pudieras conseguir del carcelero que me dejase en su jardinillo una media hora para gozar del sol amado, del claro cielo y del aire puro?

ISABEL.—Al momento, y de seguro lo hará.

Jardinillo al pie de la torre.

MARIA. LERSE.

MARIA.—Ve adentro y mira lo que pasa.

ISABEL. CARCELERO.

ISABEL.—¡Dios os recompense vuestro afecto y vuestra lealtad á mi señor! (El carcelero se va.) María, ¿qué me traes?

MARIA.—La salvación de mi hermano; pero mi corazón está destrozado. Weislingen ha muerto envenenado por su mujer. Mi marido está en peligro. Los príncipes lo han vencido. Dícese que está encerrado y sitiado.

ISABEL.—No hagas caso de rumores, y que Goetz no los sepa.

MARIA.—¿Cómo está?

ISABEL.—Temí que no viviese hasta tu vuelta. La mano del Señor pesa demasiado sobre él. ¡Y Jorge ha muerto!

MARIA.—¿Jorge? ¡Aquel joven de oro!

ISABEL.—Cuando los infames quemaron á Miltenberg, su señor lo envió para contenerlos. De repente cayó sobre ellos una tropa de ligeros. ¡Jorge! ¡Si todos se hubiesen portado como él! Pero era menester que todos hubiesen tenido su buena conciencia. Muchos murieron á estocadas, y Jorge entre ellos. Tuvo la muerte de un caballero.

MARIA.—¿Lo sabe Goetz?

ISABEL.—Se lo ocultamos. Me pregunta por él diez veces al día, y diez veces al día me manda á ver qué hace Jorge. Tengo miedo de asestar á su corazón este último golpe.

MARIA.—¡Oh, Dios! ¡Qué son las esperanzas de esta tierra!

GOETZ, LERSE, CARCELERO, aparecen.

GOETZ.—¡Dios todopoderoso! ¡Qué bien se está debajo de tu cielo! ¡Qué libre se siente uno! Los árboles tienen yemas y todo en el mundo espera. ¡Adiós, mis amigos! Cortadas están mis raíces y mis fuerzas declinan á la sepultura.

ISABEL.—¿Quieres que envíe á Lerse al Monasterio

á buscar á tu hijo para que lo veas y lo bendigas?

GOETZ.—¡Déjalo, es más santo que yo; para nada necesita mi bendición...! El día de nuestra boda, Isabel, no sospechaba yo que moriría de este modo... Mi anciano padre nos bendijo, pidiendo para nosotros numerosa descendencia de hijos nobles y valientes. Tú no le has complacido, y soy el último... Lerse, tu vista me es más grata en la hora de la muerte que en el combate animoso. Entonces, mi espíritu guiaba al vuestro; ahora, tú me sostienes. ¡Ah! No poder, una vez siquiera, ver á Jorge, reconfortarme con su mirada! ¡Bajáis al suelo la vista! ¡Lloráis...! ¡Ha muerto...! ¡Ha muerto Jorge...! ¡Muere, Goetz! ¡Sobrevives á ti mismo; has sobrevivido á tus valientes! ¿Cómo murió? ¡Ah! ¿Lo cogieron con los incendiarios y lo han ajusticiado?

ISABEL.—No. Cayó en la acción de Miltenberg, combatiendo como un león por su libertad.

GOETZ.—¡Gracias á Dios! Era el mejor y el más valiente de los jóvenes debajo del sol... Ahora, despréndase mi alma... ¡Pobre mujer! ¡Te dejo en un mundo bien corrompido! Lerse; no te separes de ella. Cerrad vuestros corazones con más cuidado que vuestras puertas. Vienen los tiempos del engaño: hanles dado libertad... Los indignos gobernarán con astucia, y los corazones nobles caerán en sus redes. María: devuélvate Dios á tu esposo y no permita que caiga tan bajo como alto ha subido. ¡Selbitz murió, y el buen Emperador, y mi Jorge...! Dadme un sorbo de agua. ¡Aire del cielo! ¡Libertad! ¡Libertad! (Muere.)

ISABEL.—¡Oh! ¡Sólo arriba, arriba á tu lado! El mundo es una prisión.

MARÍA.—¡Hombre noble y generoso! ¡Malhaya el siglo que te arroja de sí!

LERSE.—¡Malhaya la posteridad que te desconozca!

CLAVIJO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS